

Recordar, compartir, aprender

## Alicante

Conchi Sisternas Pedrón, 63 años

Alejandra Bou Perona, 25 años

### TODA UNA VIDA LUCHANDO POR APRENDER

*“Sabe más el diablo por viejo que por diablo”. Esta frase es la propicia para empezar a contar la vida de Conchi Sisternas Pedrón. La verdad es que es de admirar la fuerza y capacidad de empuje que reflejaba la protagonista de nuestra historia mientras narraba este relato, ejemplo claro de la valentía y la lucha de vivir en un mundo donde se limitaban las posibilidades de que una mujer ascendiera social y laboralmente.*

Nací en Los Pedrones en el año 1946, en una aldea pequeña de 200 vecinos de la provincia de Valencia. Crecí consecuentemente al pensamiento típico de la época “del que dirán” cargado de un enfoque machista. Pues, ¿Para qué una mujer tenía que ir a la escuela, si su labor sería la de encargarse de la casa? Debíamos pues velar para que el hogar fuera confortable para nuestros hermanos, padre, marido y por supuesto niños, siempre todos ellos varones.

Con tan solo nueve años ejercí la ardua tarea de lavar las ropas que mi padre y mis hermanos traían después de una jornada intensa de trabajo en el campo. Las condiciones no eran las propicias para una niña de mi edad, ya que el atuendo se debía lavar tanto en invierno como en verano en el lavadero del pueblo, con el agua totalmente helada.

Al ser la única hija, el rol que me tocó asumir, fue el de una segunda madre para mis cuatro hermanos, dos mayores y dos pequeños, viví, por tanto, la discriminación femenina en primera persona. Pero yo tenía otras ambiciones, aunque nunca dejé a mi familia desamparada en las tareas del campo y de la casa.

Recuerdo que cuando tuve edad para decidir, mis expectativas se encaminaron hacia una emancipación en Valencia. Este deseo resultaba evidente, ya que con tan sólo 10 años llevaba una casa y cuidaba de mi madre, que aunque trabajadora, su salud era delicada. Mi hermano mayor nació con el síndrome conocido popularmente como baile del sambito, así que su cuidado también recaía en mí.

Una vez que todos estábamos más crecidos, mis dos hermanos mayores decidieron empezar una nueva vida en Valencia. Poco después el campo sufrió los estragos de una lluvia devastadora que arrasó la cosecha, y mis padres al verse desprovistos de dos miembros, tuvieron que tomar una difícil decisión. La misma noche del destrozo ellos mantuvieron una larga charla a la luz de la lumbre: “Será mejor que nos instalemos en Valencia y busquemos trabajo allí”, dijo mi padre. Posteriormente fueron matados todos los pollos que teníamos y metidos en bolsas, este alimento nos duró varias semanas cuando partimos a la gran ciudad.

A los dos días de nuestra llegada a Valencia todos, salvo mi madre y yo, encontraron trabajo en una industria, ya que mi tarea consistía en alimentar a los trabajadores. Lo único que tenía claro era mi deseo de trabajar y de aportar dinero a casa, pero no como una simple criada, ya que estaba mal visto socialmente. Fue por todo esto, que el ansia de superación que me caracteriza me llevase a buscar trabajo por mí misma. El primero que tuve fue el de remendar sostenes y fajas para un buen acabado, desde mi propia casa. Este trabajo daba poco dinero. Así que no tardé en encontrar otro más acorde a lo que yo quería realmente.

Es por esto que, sobre el año 64 descubrí, en un anuncio de periódico que se necesitaban chicas para vender unos tubos de neón a domicilio. Por cada tubo me pagaban unas 10 pesetas, y llegué a ganar 40 pesetas. El dinero aportado era recibido de buen grado por mi madre, hasta que una tarde le conté, toda contenta, que el propietario de una de las casas a las que me acerqué para vender el tubo de neón, resultaba ser de un adinerado conocido del pueblo. Esta noticia resultó ser bochornosa para ella, ya que me había dejado ver como



una pobre vendedora.

Más tarde, una amiga me comentó la posibilidad de trabajar en una tienda vendiendo pollos. No obstante la dificultad académica con la que contaba no me permitía ni pesar, ni vender la mercancía. No sabía cuanto era ni un cuarto, ni tampoco apuntar los pedidos. Ya que anteriormente una mujer no tenía por qué aprender esas cosas.

Entonces conocí a mi marido en un baile, recuerdo que me invitó a papas. Estuvimos una temporada siendo novios hasta que decidimos casarnos. Lo hicimos en Valencia y cuando nuestra primera hija tenía dos años nos trasladamos a Alicante gracias al hermano de mi marido que era guardia civil. Con su ayuda mi marido consiguió un buen puesto de trabajo en el aeropuerto, y aunque el dinero no nos sobraba demasiado, él se negaba a permitir que yo trabajara, y por eso llegué a hacerlo a escondidas.

Hasta que un buen día mi marido me llamó por teléfono y me sorprendió con la noticia de que un local se ofrecía en venta y que si quería comprarlo para comenzar un negocio familiar. Yo trabajé mucho con la ayuda de mi marido por las mañanas y de mi hijo menor por las tardes cuando salía del colegio, ya que respeté el deseo de mi hija mayor de no trabajar en dicho establecimiento. El trabajo fue duro, yo sola llegué a servir entre 15 y 20 comidas al día, hasta que no pude más y lo tuve que dejar.

Actualmente vivo de la jubilación de mi marido, a pesar de haber dedicado toda mi vida al trabajo. Se podría decir que ahora vivo como una reina, y aprovecho el tiempo para aprender todo lo que en mi infancia y juventud se me privó, es por esto que siempre he intentado que mis hijos estudien y sean todo aquello que yo no pude ser.

## **LO IMPORTANTE DE LA VIDA**

Siempre he sido una mujer muy trabajadora, valiente y echada para adelante. Todas las experiencias que he vivido me han servido para formarme y enorgullecerme de lo que soy ahora, una persona que no teme a nada ni a nadie, además de tener muchas inquietudes y ganas de embarcarme en proyectos y actividades que puedan enriquecerme espiritualmente y socialmente. Es ahora cuando estoy adquiriendo los conocimientos que en su momento no tuve el placer de adquirir, como aprender a leer, escribir, sumar, etc. aunque aún tengo algunas faltas de ortografía.

La verdad es que hice todo aquello que se esperaba de una mujer de mi tiempo, es decir, no debía aprender ningún oficio, tampoco debía trabajar, únicamente quedarse en casa y atender al hogar y a la familia. Pero ni los pensamientos más machistas pudieron hacer que yo cesara en mi afán de aprender y superarme día a día. Por supuesto no permití que lo mismo les pasara a mis hijos, así que aprendieron todo aquello que yo quise haber aprendido, piano, inglés, alemán, francés y una carrera universitaria. Me siento satisfecha de la labor para con mis hijos y de haberles inculcado la inquietud por el aprendizaje constante. Actualmente nuestra labor, la mía y la de mi marido, se ha visto delegada en otras personitas, nuestros nietos, a los que amamos incondicionalmente y esperamos estar preparados para hacerlo lo mejor posible.

Como narradora de esta historia, diré que me resultó un poco difícil que Conchi encontrara un hueco en su apretada agenda para que me contara esta historia tan fascinante, a su lado parece que no se hagan actividades suficientes en la vida.